La desolación del dolor compartido

Fuente: La Nación

Por [Diana Fernández Irusta](#)

Qué somos, más que un rostro, un nombre, un modo de pronunciar el mundo. Y qué ocurre cuando cada uno de esos rasgos se diluye violentamente, se vuelve indiscernible, pura nada oscura. Así quedan los cuerpos carbonizados. No hubo tirano en la historia -mítica, antigua o contemporánea- que no lo haya sabido: nada más eficaz que el fuego para arrasar, de una vez y para siempre, con aquello que nos otorga humanidad.

Por qué, entonces, el fuego en una fiesta. Se lo pregunta, por estos días, todo Brasil. Lo llora la persona que, en esta imagen, sostiene un cartel en demanda de justicia por el desastre ocurrido en la discoteca Kiss, en la ciudad de Santa María. Como en la visión intolerable de los restos carbonizados, aquí tampoco hay rasgos que identifiquen a quien ha sido retratado. Pero no se trata de la anomia que impone la violencia; muy por el contrario, la figura tras el cartel desborda sentido. No importa que sea hombre o mujer, joven o adulto, familiar o simple allegado a las víctimas; están las palabras que escribió - y seguramente está gritando- sobre la pancarta. Y están las manos: los dedos que aferran la tela y asoman sobre ella nítidos, firmes, decididamente humanos.

Si el dolor colectivo reside en la figura cuya identidad diluye el contraluz, el dolor individual se hace carne en sus manos: allí permanece el último rastro de alguien a quien se abrazó, con quien se jugó o con quien también se habrá discutido. Alguien a quien se despidió como tantas otras veces. Antes de verlo partir a un recital que lo terminaría convirtiendo en despojos.

Para los habitantes de Santa María ningún enero será tan triste como el que acaba de pasar. Tampoco hubo fin de año más desolador en Buenos Aires que aquel de 2004, cuando la tragedia de Cromagnon enlutó a toda la ciudad. La repetición de la pesadilla parece irreal: igual absurdo, igual sumatoria de errores, igual catastrófica desidia. Y los mismos rostros jóvenes, insoportablemente despojados de vida